

Senado sus consecuencias, ya que el levantamiento celta tomó, después de aquella acción, colosales proporciones; pasándose, además, al ejército de Aníbal, según se dice, 60,000 infantes y 4,000 caballos celtas. Los hombres de Estado romanos reconocieron en seguida el punto por el cual su astuto adversario pensaba socavar los fundamentos de su poder. En efecto, Aníbal había dividido sus prisioneros de guerra en dos secciones: la una, compuesta de soldados romanos, sufrió duro cautiverio; la otra, formada por los itálicos, pudo regresar libremente y sin rescate á sus hogares, haciéndosele comprender que la invasión cartaginesa no tenía mas objeto que libertar á los pueblos itálicos del yugo romano; de modo que para recobrar su independencia debían estos unirse á los púnicos y luchar juntos contra el enemigo común.

III.—GUERRA EN ESPAÑA. SITUACION DE LOS ROMANOS

En tales circunstancias, supo con alegría el Senado que, por lo menos, se había logrado debilitar el desenvolvimiento de las fuerzas de Cartago en un punto, en que Aníbal creía tener fuertemente asegurada una ancha base de operaciones, es decir, en España. Cneo Escipión, con las dos legiones de su hermano, había acampado en las costas orientales de España y conquistado, con el auxilio de la escuadra, las plazas marítimas que se extendían desde Emporíe hasta el Ebro. Además, había conseguido en el interior de la península hispánica, derrotar y hacer prisionero al general Hannon, y atraer á la causa de Roma á las tribus que hasta entonces habían estado sujetas á la soberanía de Aníbal. Asdrúbal no había podido salvar á Hannon, y solamente había sido dado derrotar á la tripulación de la escuadra romana en Tarraco, después de lo cual había regresado á la Cartago hispánica mientras Escipión inverna en aquella ciudad.

Los romanos se vieron precisados entonces á salir, mas formalmente que hasta aquel momento, al encuentro del peligro que en Italia les amenazaba, y que se presentaba mas inminente de lo que en un principio habían creído. Roma no estaba en manera alguna abatida, pues derrotas como la del Trebia no eran cosa inaudita en su historia. Además, los acontecimientos en la Alta Italia les eran en parte favorables; pues el ejército de Aníbal sufría grandes pérdidas, efecto de las enfermedades contagiosas que en él había desarrollado un invierno frío y húmedo, á consecuencia de las cuales habían perecido muchos veteranos y no pocos caballos y elefantes, y habían tenido que interrumpirse las operaciones de Aníbal de tal suerte, que únicamente su caballería continuaba sitiando las fortalezas del Po. Las tropas romanas de Plasencia y de Cremona oponían una tenaz resistencia á sus sitiadores, y á pesar de la sublevación celta, recibían los víveres por la costa, gracias á los buques de guerra que custodiaban los trasportes. Solo un castillo había caído en manos del enemigo. Aníbal entonces dejó de hostilizar las grandes fortalezas, pues no era su intención permanecer en la Alta Italia, sino que estaba decidido á penetrar cuanto antes en el centro de la península de los Apeninos.

Evitar esto á toda costa era la tarea principal de los romanos; mas por desgracia no cumplieron entonces sus deberes militares tan bien como los morales. A pesar de la acostumbrada firmeza militar de este pueblo, la excitación era poderosa, y la situación en que le ponían Aníbal y los crueles celtas en extremo crítica. Los presagios tristes abundaban, de modo que por consejo de los sacerdotes y para aplacar el odio de los dioses, se ordenaron extraordinarias ceremonias, conforme á los libros sibílicos, escritos sagrados llenos de misterios que se guardaban en el templo del Júpiter capitolino, procedentes del Asia Menor, llevados á Roma, según la

tradicción, durante el reinado del último rey. Dispúseron á este efecto «un lectisternium para Juventa, diosa de la juventud, y una suplicación ó procesión solemne al templo de Hércules. En los templos de las divinidades que iban á adorarse se colocó la imagen del dios ó de la diosa sobre una almohada, y delante de ella se puso una mesa llena de manjares: la población, vestida con sus mejores ropas, se dirigió al son de una música en procesión solemne de un templo á otro, mientras la ciudad toda, presa de una exaltación religiosa, hacía sacrificios, dones y promesas.»

Bajo el punto de vista profano se hicieron preparativos muy distintos, pues con la acostumbrada energía se aprestó todo lo necesario, y el mismo Hieron, que desde antiguo se había mantenido fiel á Roma, proporcionó al Senado 1,500 soldados excelentes, entre los cuales había 500 arqueros. Ni aun entonces se pensó en abandonar la antigua práctica, según la cual el mando supremo recaía á la vez en dos generales, y por desgracia los odios intestinos influyeron de un modo decisivo en el nombramiento de los dos cónsules. En las elecciones que hicieron los comicios en 217, año en que terminaba el cargo de Sempronio, que á duras penas había podido llegar á Roma procedente de Plasencia, fueron nombrados cónsules un excelente oficial, Cneo Servilio, y el antiguo favorito del pueblo, Cayo Flaminio. De este modo se puso en frente de Aníbal á un hombre que debía las victorias conseguidas sobre los celtas, no á sus dotes personales de general, sino á la bravura de su ejército: hecho tanto mas deplorable, cuanto que este cónsul siempre había vivido en relaciones muy tirantes con el Senado. Ya en el año 218 había defendido ante este una rogación del tribuno de la plebe Quinto Claudio, que prohibía á los senadores y á sus hijos tener mas de un buque de 300 ánforas de cabida, á pretexto de que el comercio no era propio de hombres que tenían la dignidad senatorial. Las cábalas á que solían apelar de antiguo los patricios hicieron que algunos de los malos augurios hiciesen referencia á la elección de Flaminio. Cuando el audaz demagogo hubo conseguido mayoría de votos, temió que el Senado encontrase medios morales suficientes para detenerle en Roma, por lo menos; y en su consecuencia abandonó secretamente la ciudad, sin hacer en el Capitolio los sacrificios acostumbrados y sin practicar las ceremonias propias del ingreso en el consulado. Dirigióse á toda prisa á Ariminum, y en vano el Senado le envió una embajada para obligarle á regresar á Roma y á cumplir las prácticas religiosas; pero no justificó, desgraciadamente, con ninguna victoria su independencia de espíritu.

IV.—CAYO FLAMINIO. DERROTA DE LOS ROMANOS EN EL LAGO TRASIMENO

Terminados todos los preparativos, fortificados convenientemente todos los puntos que se creían seriamente amenazados, y reunidos en Ariminum los restos del ejército que se encontraban en Plasencia y Cremona, pudieron ponerse en pié de guerra nominalmente 13 legiones, estando á las inmediatas órdenes del cónsul cuatro legiones nuevas y el resto de las del año anterior, que habían de vigilar los pasos principales que conducían á la península itálica. Servilio, con dos legiones y los correspondientes contingentes itálicos y probablemente con la caballería, permaneció en Ariminum, mientras el otro ejército consular se dirigía hacia el Arecio etrusco, adonde se dirigió también Flaminio con el resto del ejército de la Alta Italia, atravesando para ello los Apeninos.

Aníbal, que con mas de 50,000 hombres tomó la defensiva, pensó en envolver aisladamente las fuerzas de los romanos. A fines del invierno del año 217 salió del valle del Po, atravesó los Apeninos, probablemente por el paso de Pontre-

moli que le condujo á la comarca de Luca, y llegó á la cuenca del Arno. Una vez cercadas las posiciones defensivas de los romanos, era preciso buscar á Flaminio y atraer á este desprevenido é inepto cónsul, de quien sus partidarios en Roma y los muchos que sin ser combatientes habían seguido al ejército, confiados ciegamente en él y ganosos de botín, esperaban que ganaría una completa y rápida victoria. Aníbal proyectaba obligarle á que aceptara sin reflexionar una batalla, antes de que se hubiese unido á él el ejército de Ariminum. Pero la marcha de Aníbal al través de la cuenca del Arno fué en extremo difícil: esta expedición, que duró cuatro días, por una comarca pantanosa y con la nieve y las lluvias de primavera, no solo debía ser muy lenta y fatigosa, sino que ocasionó grandes pérdidas al ejército cartaginés. Muchos elefantes y caballos perecieron; muchos soldados, especialmente los celtas, fueron víctimas de la fatiga y de la peste, y el propio Aníbal, que cabalgaba en un elefante, perdió completamente, á consecuencia de una inflamación, un ojo que tenía algo enfermo. Por fin pudo el ejército, después de llegar á Fesule, marchar al través de un país mas salubre y practicable.

Entonces, Aníbal, dirigiéndose al Sur, se encaminó hacia las posiciones romanas de Arecio y luego hacia Etruria; y á fin de atraer á Flaminio, ordenó á sus tropas celtas y á sus jinetes de las estepas africanas que asolasen y saqueasen la comarca en todas direcciones. La extraordinaria excitación del ejército romano subió de punto cuando Aníbal marchó hacia el Sur, como si quisiera dirigirse á Roma. Fuera que Flaminio se considerase con fuerzas suficientes para derrotar por sí solo á los cartagineses, fuera que meditase, como con razón se presume, planes estratégicos, propios mas de salvajes bárbaros que de un general esperto, no quiso, en su temeridad, esperar la llegada de Servilio, como le aconsejaba su lugarteniente, y se propuso perseguir con solo su ejército á los cartagineses. Así él y sus soldados cayeron en el lazo que la astucia púnica les había tendido. Aníbal había sacado sus tropas de Cortona y escogido, cerca del lago Trasimeno (hoy lago de Perugia), el sitio que creía mas á propósito para derrotar á los romanos. Este lago, uno de los mayores que cuenta la península itálica, está rodeado de montañas por todos lados, menos por uno, al Norte, en cuyo punto dejan las alturas un espacio libre de un cuarto de legua.

El angosto camino, que pone en comunicación las ciudades de Crotona y de Perugia, corre á partir de este punto entre las montañas que se alzan á su izquierda, y la orilla oriental del lago que se extiende á la derecha. Al llegar al monte Gualandro que penetra dentro del lago, se encuentra una llanura, situada entre las aldeas de Gualandro y Passignano y de una milla de largo por media de ancho, que conduce á la orilla Sudeste del lago. El punto por donde esta llanura desemboca al Sudeste de Perugia, está dominado por una altura, en la cual se levanta actualmente la aldea de Tuoro, que divide topográficamente la llanura en dos partes. Aníbal había ocupado con sus tropas africanas é hispanas este punto dominante dando frente al Oeste. En las alturas que se alzan á derecha é izquierda, se situaron las tropas ligeras celtas y númeras, lo propio que en el monte Gualandro que cierra el ingreso en la llanura, y provisionalmente también en los desfiladeros y terrenos accidentados que se ocultaban á los ojos de los romanos.

Al caer la tarde de un día de abril, y no como pretendían falsos datos antiguos, en el día 23 ó 27 de junio, se presentó el infeliz Flaminio en el desfiladero del monte Gualandro; y como no había hecho caso alguno de los malos augurios, no tomó las precauciones militares que hacían do-

GRECIA Y ROMA

blemente necesarias la proximidad del enemigo y los muchos accidentes del terreno. A la mañana del siguiente día, y á pesar de la espesa neblina que oscurecía el espacio, cometió la incomprensible falta de no enviar avanzadas que reconocieran el terreno, penetrando sin precaución alguna en el desfiladero del monte Gualandro para atacar las posiciones que Aníbal había tomado en la colina del Sudeste. Cuando todo el ejército romano hubo penetrado en la llanura dejando tras de sí el lago y el angosto paso, Aníbal cerró la red, de suerte que al disiparse la niebla, se vieron los romanos, con espanto, rodeados por todas partes de enemigos, que con criterio salvaje se precipitaron sobre ellos desde las alturas. No había que pensar en colocar el ejército en orden de batalla, tanto menos, cuanto que Flaminio, que en este combate dió pruebas de gran valor personal, fué muerto poco después de comenzada la lucha, por un jinete insubrió que quiso vengar en la persona del cónsul la derrota sufrida anteriormente por los celtas de su tribu. Los infelices soldados de Flaminio comenzaron, con su acostumbrada audacia, una serie de combates parciales, y la batalla fué muy pronto una espantosa carnicería, pereciendo bajo las espadas ó las lanzas celtas y númeras, de una muerte tan poco gloriosa como inútil, todos aquellos que no se sepultaron en el lago ó que no se entregaron á los cartagineses. A las tres horas había terminado el combate: solo 6,000 romanos, apelando á una heroica energía, lograron salir con vida y libres de aquel funesto campo de batalla. Mas á pesar de esto, tampoco pudieron hallar su salvación en la fuga, porque poco después de la batalla junto al lago, se vieron perseguidos por la caballería númera del general Maharbal y por tropas ligeras que al siguiente día les alcanzaron en una aldea etrusca y les sitiaron en una colina, hasta que, abatidos por la fatiga y por el hambre, y sin conocimiento de los movimientos de Servilio, se vieron obligados á firmar una capitulación. Aníbal no aprobó la proposición hecha de dejarles partir libres sin armas, y tuvieron que entregarse como prisioneros de guerra. De esta suerte quedó militarmente aniquilado el ejército de Flaminio: 15,000 hombres habían perecido y 13 ó 15,000 fueron hechos prisioneros; en tanto que Aníbal solo había perdido 1,500 soldados, en su casi totalidad celtas. Para mayor desgracia de los romanos, pocos días después, la caballería del ejército de Ariminum, compuesta de 4,000 hombres, que el inteligente cónsul Servilio, queriendo auxiliar á Flaminio, había enviado de avanzada, encontróse en Umbria con el general Maharbal, que la derrotó por completo, haciéndola en su mayor parte prisionera. Aníbal, siguiendo la conducta iniciada después de la batalla del Trebia, dejó en libertad, sin rescate alguno, á los itálicos, que en su poder habían caído.

Roma se sintió presa de indescriptible terror: el pueblo estaba en extremo perplejo; pues no solo el idolatrado demagogo Flaminio, y no un noble, había sido causa de esta terrible catástrofe que hirió á millares de familias; no solo el orgullo militar de los romanos se vió humillado en lo mas sensible, sino que, perdidas toda la Etruria y una gran parte de la Umbria, se temía á cada momento ver aparecer ante los muros de Servio Tulio á los sanguinarios celtas y á los odiados africanos, cuya caballería se encontraba en Narni, distante solo dos jornadas de la ciudad del Tiber. Y este temor era fundado, porque entre Roma y los cartagineses no existía entonces ningun ejército organizado, ya que Aníbal se interponía entre la capital y las tropas de Servilio.

En situación tan crítica, se probó una vez mas la antigua energía del Senado: los veteranos de esta asamblea tenían mucha mas penetración que el pueblo: á ellos menos que á nadie podía ocultarse todo el alcance moral de tan terrible

catástrofe; y sin embargo, aun no sabían que los macedonios y helenos, bajo la influencia de las victorias de Aníbal se habían coligado de tal manera, que en la corte de Pella se meditaban nuevos y atrevidos planes, poco favorables á los intereses de Roma. Después de una serie de derrotas de las cuales la última había dejado muy atrás á las anteriores, ¿cuánto tiempo podía esperarse que se mantendría inquebrantable la adhesión militar y política de los itálicos á Roma, cuando tan bien tratados eran por el astuto Aníbal?

Todo esto indujo á Roma á tomar grandes precauciones, y doblar el número de sus fuerzas, nombrándose ante todo un dictador á fin de establecer la unidad en el mando supremo. A principios de mayo, fué elegido para este cargo el antiguo censor Quinto Fabio Máximo, de origen patricio, dotado de gran energía, de mucha prudencia y de tenaz perseverancia, que se apresuró á enmendar la falta cometida por Flaminio con los dioses, ordenando solemnes ceremonias, y procedió con suma actividad á hacer los preparativos y armamentos necesarios. Fortificáronse nuevamente los muros de la ciudad y se crearon cuatro legiones que se destinaron, parte á guarnecer á Roma y parte á reparar la pérdida del ejército de Flaminio.

V.—ANÍBAL SE DIRIGE Á LA BAJA ITALIA. QUINTO FABIO MÁXIMO CUNCTATOR

Fabio se convenció muy pronto de que su misión no debía ser salir al encuentro de los celtas y de los africanos en el Tíber y en los campos de Servio Tulio. Aníbal, contra lo que esperaban los romanos, no atacó la capital, sino que, cruzando la Umbria meridional, donde trató en vano de tomar la fortaleza de Spolletium, sin atacar á Servilio, y marchando al través de la Italia en dirección al Este, se encaminó hácia los territorios del Adriático. El gran cartaginés conocía las verdaderas fuerzas de los romanos y la debilidad de sus propios medios, y el mayor éxito obtenido en el campo de batalla no le hubiera hecho formar ilusiones sobre este punto. Delante de la gran masa de soldados de que disponía entonces el Senado, no podía pensar Aníbal, con su ejército, poco numeroso, en ocupar definitivamente los grandes distritos á él hostiles, ni en crearse, aun derramando mucha sangre y perdiendo mucho tiempo en la conquista de las fortalezas itálicas, una base segura, sin la cual, en caso de desgracia, podía ser fatal para su ejército un ataque contra Roma. Para sacar partido de la superioridad en que estaban respecto de los romanos sus veteranos y su talento militar, se vió por de pronto reducido á proseguir la guerra, no ya metódicamente, sino con impetuosa energía, engañando y abatiendo á su adversario con irresistibles movimientos de avance y rápidos cambios de puntos de ataque, hasta conseguir en Italia una nueva y segura base de operaciones. Esta base esperaba conquistarla en los cantones de las tribus sabelias de la parte central y meridional de la península. Mientras los romanos se preparaban á recibirle delante de los muros de la capital, dirigióse Aníbal á la comarca del Piceno, habitada por labradores romanos, que, como colonia de Roma, fué sistemáticamente devastada. Después de esto descansó cuatro semanas, durante las cuales el ejército se repuso de las fatigas sufridas, la caballería fué convenientemente dotada y, con tanta audacia como involuntario homenaje al modo de ser guerrero de los romanos, la infantería africana se armó con las armas apresadas y se organizó á imitación de las legiones.

Aníbal penetró luego en el territorio de los sabelios, y, cruzando los cantones de los marrucinos, pelignos y frentanos, se dirigió hácia la Apulia, ofreciendo en todas partes á los sabelios su alianza para hacer la guerra contra los romanos;

pero hubo de convencerse de que sus esperanzas eran completamente ilusorias. En efecto, nadie mostró deseos de separarse de Roma, y ninguna ciudad abrió voluntariamente sus puertas á los cartagineses. Cuando Aníbal regresó á la Apulia, comenzando á devastar las fronteras de las colonias romanas y latinas, como Luceria, y emplazando su campamento en Arpi, se presentó en las cercanías un poderoso ejército romano.

El Senado, luego que supo que Aníbal se dirigía á la Baja Italia y que sus halagüeñas proposiciones fracasaban ante la fidelidad de los aliados itálicos, pareció decidido á enviar á estos un poderoso auxilio. El anciano dictador, Fabio, salió de la comarca romana con dos legiones, dirigióse á Oriculum, cerca de Narni, y se encargó en este punto del mando del ejército de Servilio, el cual recibió la orden de atacar desde Ostia, con la escuadra, á los cruceros cartagineses que hostilizaban las costas y que se habían apoderado de una flota de provisiones que el Senado enviaba á España. Fabio, por su parte, encaminóse á la Apulia y acampó no lejos de las posiciones tomadas por Aníbal, es decir, en Ece, población situada al Sur de Luceria, en las alturas del Samnio en el camino de Luceria á Benevento.

La guerra tomó, pues, un carácter distinto del que hasta entonces había tenido. En vano trató Aníbal de sacar de su campamento y de atraer á una batalla campal á aquel viejo cachazudo (*cunctator*), nombre que entonces se había dado á Fabio, á causa del sistema de guerra que seguía. Fabio, conociendo las fuerzas de Aníbal y la debilidad de su propia situación, se había mostrado desde un principio enemigo del sistema de hacer entrar en reñido combate á las legiones bisoñas con los veteranos cartagineses; pero no pudo limitarse á oponer al genio y á las imprevistas combinaciones de Aníbal un plan de guerra circunspecto y metódico, sino que le fué preciso poner una valla al torrente que se había desencadenado sobre la Italia é impedir á todo trance la continuación de las devastaciones que tantos huecos habían dejado entre la juventud de la península. Érale, asimismo, necesario reanimar la abatida confianza de los soldados itálicos en sus propias fuerzas y en su dirección, instruir convenientemente á los reclutas, y completar con hombres aptos el cuadro de oficiales que tan diezmado estaba. Así, pues, decidió situarse en posiciones inexpugnables y no entrar en acción formal, trabando tan solo, cuando todas las probabilidades estaban en favor de los romanos, pequeños combates con algunas tropas enemigas aisladas. Mandó que todos los viveres y caballos que existían en las aldeas cuya defensa era inútil, fuesen trasladados á la fortaleza mas próxima, y, en caso de grande apuro, antes debían ser destruidos que permitir que cayeran en poder de los cartagineses. Este sistema adoptado por Fabio no convenia en manera alguna á Aníbal, el cual encontró muy pronto su punto vulnerable. Variando en efecto de posiciones, hizo variar también la situación en perjuicio de los romanos y fuéle imposible á Fabio encontrar una posición como la que habían ocupado los romanos antes de la batalla del Trebia, no pudiendo por de pronto situarse de una manera tal que, sin gran peligro, pudiera defenderse convenientemente y paralizar al propio tiempo los movimientos de los cartagineses. Entonces comenzó Aníbal, á la vista de los romanos, á devastar la hermosa y fértil comarca en que se encontraban ambos ejércitos, y con ello consiguió excitar el descontento de las tropas y del propio M. Minucio Rufo, que, como *magister equitum*, era segundo de Fabio, descontento nacido de ver que no se procuraba auxiliar á las poblaciones asoladas. Aníbal, notando que Fabio, dotado de extraordinaria constancia y energía de carácter, no se desconcertaba por aquellas devastaciones, se

burló de él procurando demostrar á los itálicos que la proximidad de un fuerte ejército romano no era bastante á impedir que las fuerzas cartaginesas cruzasen su comarca en todas direcciones. El cartaginés, seguido siempre por Fabio, condujo sus tropas al Samnio, penetrando también en la fértil llanura de Campania, que por los dones con que la había dotado la naturaleza había merecido el dictado de jardín de la península, y concibiendo el proyecto de apoyar, en caso necesario, contra Roma, la rebelión de la ciudad de Cápua, cuya conquista le habían hecho entrever algunos patricios oriundos de ella hechos prisioneros en la batalla del Trasimeno. Pero no habiéndose realizado esta idea, hubo de contentarse con devastar y saquear los ricos territorios de los falernos que se extendían al Norte del Volturno. Por consiguiente, el plan sabiamente concebido por Fabio, que consistía en cortar en Casilinum (hoy Cápua) á los cartagineses el camino del Samnio y obligarles á librar una batalla en situación desventajosa, se estrelló, con gran perjuicio de los romanos, ante la astucia guerrera de Aníbal, el cual regresó nuevamente á Apulia y se apoderó de Geronium, ciudad distante diez horas de Luceria, para establecer ella su almacén de viveres y sus cuarteles de invierno.

Fabio había seguido á los cartagineses hasta aquella comarca; pero obligado á marchar por algún tiempo á Roma, Minucio, con gran regocijo de sus tropas y desobedeciendo las órdenes del dictador, atacó al ejército de Aníbal y á algunos de los contingentes de éste que se hallaban separados del resto de los cartagineses, obteniendo en su tentativa un éxito que en Roma se consideró como una importantísima victoria. El pueblo, cansado de la guerra y excitado é irritado por la obstinación del dictador y por las noticias de su inacción ante las devastaciones y saqueo de los cartagineses, y desconfiando, en su loca demagogia, del Senado y de la nobleza, determinó, á propuesta del tribuno de la plebe, M. Metelo, conferir á Minucio iguales poderes militares que se habían dado al dictador, con lo cual la dictadura quedó dividida entre dos generales, destruyéndose de este modo el principio fundamental que la aconsejaba. Afortunadamente, sin embargo, para Roma, esta locura no tuvo malas consecuencias, pues habiendo Minucio trabado un combate con Aníbal, y habiendo debido su salvación al oportuno auxilio de Fabio, se sometió voluntariamente al mando de éste. El cargo de dictador, tan antipático á la democracia romana, adquirió en esta ocasión una fuerza que ya no pudo perder.

VI.—GUERRA EN ESPAÑA. BATALLA DE CANAS. DERROTA Y ENÉRGICO PROCEDER DE LOS ROMANOS

Fabio, al cesar en su empleo, según antigua costumbre, trascurridos seis meses, y al hacer entrega del ejército á Atilio, que había sido elegido cónsul con Flaminio, y que debía ser el continuador del sistema de aquél, había salvado al ejército de la República, evitado nuevas derrotas é impedido que el gran cartaginés prosiguiera sin obstáculo en la victoriosa marcha que había llevado á cabo hasta la batalla del Trasimeno. Las noticias de España eran también desfavorables á Aníbal, pues Cneo Escipión había derrotado junto á la desembocadura del Ebro á la escuadra de Asdrúbal, compuesta de 40 buques. Poco después había aparecido en aquel teatro de la guerra el procónsul Publio Escipión, con 8,000 hombres y una nueva escuadra, atravesando entonces ambos hermanos el Ebro y llegando hasta Sagunto, en donde, valiéndose de la traición de un español y de la incapacidad de un funcionario cartaginés, rescataron á los rehenes de las tribus hispánicas que se encontraban detenidos en aquella plaza, y que fueron devueltos á sus familias, con gran ventaja para la política romana y con gran desprestigio de los cartagineses; en tanto

que Asdrúbal se hallaba ocupado en sofocar una sublevación de los pueblos célticos. De suerte que este general no se encontraba en condiciones muy propias para cumplir las órdenes recibidas del Piceno, según las cuales debía conducir á Italia, al año siguiente, un nuevo ejército cartaginés.

Mientras los dos ejércitos enemigos se observaban mutuamente desde los cuarteles de invierno de la Apulia, habíase tomado en Roma el acuerdo de no persistir durante mucho tiempo en la política de Fabio; pues no podía abandonarse á los italianos á las calamidades que les afligían, ni era prudente esperar la probable llegada de los refuerzos en que confiaba Aníbal. Entonces, prescindiendo de la habitual parsimonia con que los romanos empleaban el material de guerra, se trató de hacer efectivos los poderosos medios del Estado itálico, para poder derrotar, con un imponente ejército, á los temibles cartagineses y apagar de una vez el fuego sedicioso que ardía en las fronteras de la península. Pero desgraciadamente la enemistad política de los partidos fué en esta ocasión de funesta trascendencia, pues el pueblo se persuadió de que la nobleza consentía de intento las devastaciones de Aníbal para distraer el pensamiento popular del mal estado interior de la nación. Así fué que en la elección de un nuevo general lucharon principios contrapuestos, sin tener en cuenta que Roma tenía que habérselas con un militar como Aníbal, con el cual no podía compararse ninguno de los mejores oficiales que entonces tenía. La mala estrella de los romanos quiso que la elección recayera en un hombre que, sin carecer de ciertas dotes políticas, solo se había dado á conocer como demagogo. Cayo Terencio Varron, hijo de un carniceiro, había llegado paulatinamente á la dignidad de pretor (218), y en el año 217, partidario de una acción militar enérgica, había defendido en el Senado la loca proposición de Metelo, favorable á Minucio. Tal era el hombre que en 216 fué elegido primer cónsul; la nobleza á duras penas había conseguido hacer salir triunfante en segundo lugar á Lucio Emilio Paulo, considerado como excelente oficial, que en 219 había hecho con éxito la guerra iliria y que, por su talento, experiencia y sangre fría, estaba mas á la altura de la situación que su colega.

El Senado romano organizó un ejército como nunca lo había mandado un general; y aumentó, además, el que se encontraba en la Apulia, hasta elevarlo á 80,000 infantes y 6,000 caballos. Pero los romanos, sin considerar que era ya hartos difícil dirigir una masa tal, aumentaron las probabilidades de éxito en pro de Aníbal, disponiendo las cosas de tal manera que los cónsules, que se habían hecho cargo del ejército en Larinum, frente á Geronium, hubiesen de desempeñar un día cada uno el mando supremo. Los nuevos generales no vieron en un principio á los cartagineses; pues Aníbal, al comenzar la primavera del año 216, se había dirigido hácia el Sudeste, apoderándose de los almacenes que los romanos tenían en la fortaleza de Canas, pueblo de Apulia situado en la orilla oriental del Aufidus que había sido destruido en el año anterior, y estableciendo su cuartel general en esta plaza que dominaba los terrenos inmediatos. Los cónsules debían ir al encuentro de los cartagineses y aprovechar un momento oportuno para librar la gran batalla que exigían los romanos; pero por desgracia los planes militares de ambos caudillos diferían mucho entre sí. En efecto, Emilio Paulo, educado en la escuela de Fabio, consideraba mas prudente aplazar la batalla decisiva hasta que las circunstancias diesen á los romanos la completa seguridad de la victoria, no queriendo trabar el combate en la llanura, en donde la excelente caballería de Aníbal podía maniobrar cómodamente en perjuicio de Roma, y esperando utilizar las dificultades que el ejército cartaginés, á pesar del reducido número de sus tropas, había de encontrar para su